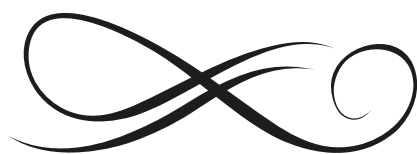


MIMI MATTHEWS

UNA DAMA
INDEPENDIENTE

Libros de
seda

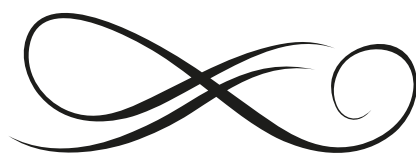
En memoria de Sapphire
24 de diciembre de 2001-1 de febrero de 2019



NOTA DE LA AUTORA

La India colonial siempre me ha despertado una gran fascinación. Mi abuelo paterno vivió allí antes de la partición, cuando todavía estaba bajo dominio británico. Para la gente de color, como él, el Raj británico no tuvo nada de romántico, y no he tenido ninguna intención de romantizarlo en la novela. En *Una dama independiente* he intentado describir la India en la época victoriana tal y como fue en la realidad, con todo lo bueno y todo lo malo. Al hacerlo, puede que sin querer haya utilizado expresiones de aquel período o descripciones que pueden considerarse ofensivas si se juzgan bajo los estándares de hoy en día. Por ello, pido perdón.

En ese sentido, hay que aclarar algo respecto a la nomenclatura: en la novela, se hace referencia a los habitantes de varios países como «indios nativos», «egipcios nativos» o simplemente «nativos». Es una alusión a su condición de ciudadanos nacidos en un país en particular, en contraposición a los residentes coloniales del país en cuestión. No pretende ser peyorativo.



CAPÍTULO 1

Londres, Inglaterra

Febrero de 1860

Jenny Holloway se puso la capucha de la capa de lana; estaba nevando en Londres. Los diminutos copos se precipitaban hasta el suelo para luego desaparecer entre la nieve medio derretida, helada y sucia, que empapaba el dobladillo de su sencilla falda. Estaba inmóvil en la calle Fleet, fuera del despacho del abogado Thomas Finchley.

Ya había estado varias veces en aquel modesto edificio y no tenía motivos para sentirse inquieta. No iba a visitar a un antiguo pretendiente o a un amigo con el que ya no se dirigía la palabra. El señor Finchley no era ni lo uno ni lo otro. Solo era un abogado.

Para ser más precisos, su abogado. Lo que convertía todo aquello en un asunto de negocios.

Se armó de valor y subió los escalones hasta la puerta principal. En una placa de latón estaban grabados los nombres del señor Finchley y del señor Keane, el letrado con el que compartía oficina.

Fue este último el que la recibió cuando llamó al timbre.

—¡Señorita Finchley! —Se le iluminó la cara al verla.

¿Acababa de llamarla señorita Finchley?

Jenny parpadeó. ¿El señor Finchley le había dicho que era su hermana?

—Entre y resguárdese del frío. —El hombre abrió la puerta de par en par y retrocedió para dejarla entrar. La ayudó a quitarse la capa mojada—. Está ocupado con un cliente. A mí no se me ocurriría molestarlo. Pero

permítame ofrecerle una taza de té. —Se volvió para dirigirse a un empleado joven de aspecto enclenque que rondaba por allí—. ¡Té, señor Poole! Y aquí tienes, pon la capa de la señorita a secar en el parachispas.

Jenny se quitó el sombrero y los guantes y se los dio también.

—¿Su hermano la está esperando, milady? —preguntó el señor Keane.

Su hermano. Qué ridiculez. Ellos dos no se parecían en nada. Estuvo tentada de sacarlo de su error, pero calló por prudencia. No encontró ninguna razón de peso para desmentir la historia que el señor Finchley se hubiera inventado sobre ella, y menos aún si el objetivo de aquella farsa era proteger su reputación. Además, lo más probable era que esa fuera la última vez que viera al señor Keane; al día siguiente a esa hora estaría a bordo de un barco de vapor rumbo a Calais.

Siempre y cuando el señor Finchley cooperara.

—Sabía que llegaría a Londres esta semana —dijo ella—, pero no había acordado con él ningún día para venir a verlo. Supongo que debería haber concertado una cita.

—No le habría servido de mucho.

El abogado la acompañó al piso de arriba por una escalera estrecha y avanzaron por un pasillo igual de angosto que llevaba hasta un vestíbulo pequeño. Era cálido y acogedor, disponía de un juego de sillas que parecían cómodas y una mesita baja de madera.

—Siéntese. Su hermano debe estar a punto de terminar. —Bajó un poco la cabeza al oír unos gritos tras la puerta cerrada del despacho del señor Finchley—. Como mucho tardará diez minutos más.

Jenny alzó las cejas. No podía entender lo que decía la mujer que gritaba. Se recordó a sí misma una vez más que los amoríos de su abogado no eran de su incumbencia. Aun así...

No le dio tiempo a darle muchas vueltas, en ese mismo momento la puerta del despacho se abrió de golpe. Los chillidos estridentes, que ahora ya no se amortiguaban, retumbaron por todo el vestíbulo.

—Siempre eres cruel conmigo, intentas castigarme. Negarme lo que más quiero en la vida... Es tu forma de vengarte de mí. No me digas que no lo es. —La mujer lloriqueó con dramatismo—. Si te preocuparas por mí, aunque fuera un poco, me aumentarías la asignación. Es lo mínimo que me debes.

—No te debo nada —respondió Finchley en voz baja.

—¡Me has arruinado la vida! —gritó aún más alto la mujer mientras salía al fin del despacho.

Iba ataviada con un elegante vestido de noche de seda y terciopelo. Un sombrero adornado con el mismo tejido le coronaba la cabeza, llena de rizos castaños peinados de un modo impresionante.

Jenny la observó. En parte había esperado que fuera una joven de dudosa reputación vestida con ropa vulgar. Pero la señora Culpepper era una mujer de mediana edad; una belleza, sin duda, aunque no podía decirse que estuviera en los mejores años de su vida.

—¿Y usted qué mira? —Fulminó a Jenny con una mirada envenenada—. Le agradecería que se metiera en sus asuntos. —Lloriqueó de nuevo, aunque sin soltar ni una lágrima. Con un leve frufú de faldas almidonadas, abandonó la estancia.

Creyó que el señor Finchley saldría corriendo del despacho tras ella, pero no dio señales de vida. Quizá la relación que mantenía con aquella mujer no le importara lo suficiente como para tratar de recuperarla.

No le importó mucho cuando la amistad que mantenía con ella se desmoronó el octubre anterior.

—¡Vaya! —murmuró avergonzado el señor Keane—. ¿Dónde se ha metido Poole?

—¡Aquí estoy, señor! —El empleado acudió apresurado por el pasillo con una bandeja de plata en las manos.

—¿Eso de ahí es té?

El señor Finchley salió de su despacho. Iba vestido con un impecable traje negro; la levita, que llevaba abierta, dejaba ver un chaleco recto y la cadena de oro de su reloj de bolsillo. Parecía tranquilo y sereno. Totalmente a gusto. Nadie diría que acababa de tener una discusión acalorada con una mujer.

Bueno... quizá tuviera el pelo castaño oscuro algo revuelto. Como si acabara de llevarse las manos a la cabeza. Aparte de eso, su aspecto era de lo más corriente.

Si es que podía decirse que Thomas Finchley era un hombre corriente.

Jenny entrelazó las manos con fuerza. Había tenido la esperanza de permanecer indiferente cuando se encontraran de nuevo, de no sentir nada al ver ese apuesto rostro y ese cuerpo.

El abogado no era lo que la mayoría de la gente describiría como alguien apuesto. Como un ratón de biblioteca, podría ser. O incluso como

un intelectual. Un caballero que cargaba con un peso de responsabilidad sobre los hombros. Alguien al que contarle tus secretos. Alguien que, por unos honorarios, resolvía tus problemas. No era un hombre que acelerara el corazón de una mujer.

El corazón de la señorita Holloway no parecía de acuerdo, el muy traicionero. Palpitaba enloquecido. Como si hubiera sido un día antes cuando reían juntos y él la sacó a bailar en el vestíbulo de la calle Half Moon. Como si jamás le hubiera mentado. Ni la hubiera tomado por tonta.

Los culpables de las inquietantes taquicardias eran aquellos ojos. Tan agotados y sabios, y mucho más envejecidos que el conjunto. Parecían haberlo visto todo. No eran los ojos de un abogado que dedica su vida al trabajo. Nunca había visto unos iguales. No. Los ojos de Thomas Finchley eran los de un ángel exhausto.

Le bastaba con que la mirara para provocar que su pulso se acelerase.

Pero en ese momento no la estaba mirando; parecía que ni siquiera la hubiera visto. La maldita bandeja de té acaparaba toda su atención. Como el típico hombre egoísta al que solo le mueve la comida y la bebida. Pero entonces volvió la cabeza y aquellos ojos azul claro se encontraron con los suyos. Tras las lentes de montura plateada de sus gafas, su mirada era seria y no mostraba sorpresa alguna.

Había sido consciente de su presencia todo el tiempo. Sabía que estaba allí incluso cuando la señora Culpepper salió echando chispas del despacho. Probablemente desde el momento en el que había cruzado el umbral.

¿Había algo que Thomas Finchley no supiera?

Se humedeció los labios: tenía la boca tan seca como el Sahara. No le salió ni un simple susurro, aunque tampoco necesitaba decir nada. El silencio entre los dos hablaba por sí solo. Es más, las últimas palabras que le había dicho resonaban en el aire.

«¿Qué clase de hombre eres?».

—Deja la bandeja en mi despacho, Poole —pidió el señor Finchley. Y añadió—: ¿Me acompaña, señorita Holloway?

—¿Señorita Holloway? —El señor Keane los miró a los dos—. Oh cielos, y pensar que me he estado dirigiendo a usted como señorita Finchley.

—Cualquiera de los dos nombres sirve. —El señor Finchley le señaló la puerta del despacho con una pizca de impaciencia en el gesto—. Señorita...

Jenny se alisó la falda. Eran negocios. Solo negocios.

—Sí, claro.

Pasó a su lado para entrar en el despacho con cuidado de no rozarle las piernas con el vestido. No quería dar la más mínima impresión de intimidad entre ellos. Sí, puede que ya se conocieran de antes —puede que hubieran cenado juntos y bailado juntos—, pero no eran más que extraños. El señor Finchley que había conocido el año anterior era un espejismo. Una máscara idónea tras la que el verdadero Thomas Finchley se escondió para lograr sus propósitos.

Ni sabía ni le importaba quién era aquel hombre en realidad.

Cerró la puerta tras ella.

—Para que conste, nunca he dicho que usted fuera mi hermana. Lo único que he hecho es no corregir la suposición del señor Keane.

—¿Que una mujer sin relación de parentesco le visitase como hice yo el octubre pasado habría sido un gran escándalo?

Jenny no había tenido elección en aquel momento: cuando el conde de Castleton la echó a la calle y dejó de ser la dama de compañía de su sobrina, lady Helena, no pudo recurrir a nadie más.

—No, no habría sido un escándalo. Solo algo fuera de lo común.

—Y, por tanto, digno de mención.

—Exactamente.

Recorrió el despacho con la mirada. Era grande y estaba bastante bien organizado. Un gigantesco escritorio lleno de papeles ordenados y de documentos enrollados y atados con cintas ocupaba el centro. Las paredes estaban cubiertas de estanterías con baldas a rebosar de libros encuadernados en cuero, con lomos dorados cuyos títulos eran imposible leer, pues estaban tras vitrinas cerradas.

—Ha llegado a Londres esta mañana —dijo él.

No era una pregunta. A pesar de eso, contestó.

—He venido en el primer tren desde Abbot's Holcombe.

Los últimos tres meses había vivido con el señor Thornhill y lady Helena en la abadía de Greyfriar, su remota propiedad en el norte de la costa de Devon. Ninguno de los dos esperaba que siguiera siendo la dama de compañía de Helena. Y mucho menos después de la generosa suma de dinero que ella le había dado.

Cinco mil libras, para ser exactos.

Para Jenny, aquello era una fortuna. Sin embargo, según Helena, era una modesta cantidad que le permitiría ser una dama independiente.

—No había motivo para retrasarlo —añadió ella.

—Por supuesto. —El señor Finchley se acercó hasta la bandeja de té—. ¿Quiere sentarse?

Jenny tomó asiento en una de las sillas tapizadas que había al otro lado del escritorio. Se arregló la falda sobre las piernas. Lamentó llevar un vestido de lana viejo y bastante simple. No era tan elegante como el de su última clienta, pero el objetivo de su visita a Londres no era competir en un certamen de moda contra una dama de éxito.

El abogado sirvió una taza de té para cada uno, sin molestarse en preguntarle cómo lo tomaba ella. No hacía falta: habían compartido muchas tazas de té durante el poco tiempo en el que fueron amigos.

—Gracias.

Finchley inclinó la cabeza.

—Thornhill y lady Helena están bien, supongo.

—Gozaban de una estupenda salud cuando me fui.

Él se sentó tras el escritorio.

—¿Y el señor Cross? ¿Cómo está adaptándose a la nueva señora de la abadía de Greyfriar?

El señor Cross también vivía en la abadía. Era amigo de la infancia del señor Finchley y del señor Thornhill; de pequeño había sufrido una herida en la cabeza que aún le afectaba en el habla —aunque ella estaba convencida de que no afectaba a su inteligencia—.

—Está muy bien. —Bebió un sorbito de té—. Él y Helena se llevan estupendamente. —Dudó antes de añadir—: Pero intentar convivir con una pareja de recién casados puede ser un tanto difícil. Se pasan la mayor parte del tiempo en su propio mundo. Te sientes como un intruso.

Eso era quedarse muy corta.

En realidad, se sentía insignificante.

Nunca había sido la clase de chica que anhelaba el amor o la ternura. Era demasiado sensata. Demasiado pragmática. A pesar de todo eso, había empezado a sentirse un poco vacía al estar junto a Helena y el señor Thornhill día tras día. Ver las caricias que compartían, las confidencias que se susurraban y las miradas cómplices... Notaba que en su vida faltaba algo.

Era evidente que el señor Cross se sentía igual.

—¿Por eso se ha ido de allí con tanta prisa? —preguntó el abogado.

—¿Cree que me he precipitado al venir a Londres?

—¿No es así? Debería haberse quedado en la abadía durante el invierno. Según tengo entendido, lady Helena la ha convertido en un lugar agradable.

—Es cierto. Ahora está llena de muebles elegantes, murales y cuadros, y ha empapelado las paredes. Habría visto las mejoras usted mismo si hubiera venido por Navidad.

Su expresión era indescifrable; no mostraba ni vergüenza ni arrepentimiento.

—Últimamente he tenido muchísimo trabajo. Ya me disculpé con Thornhill.

—¿Eso es lo que le ha mantenido alejado? ¿El trabajo?

—¿Qué otra cosa si no?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Pensaba que tal vez tendría alguna razón más para evitar ir a Devon.

—No soy Thornhill. No disfruto torturándome con el pasado. Para mí, Devon no es diferente de Sussex o Cornwall.

A Jenny le remordió la conciencia. Se había pasado horas inquieta, preguntándose por qué el señor Finchley no se unió a ellos por Navidad, y ni una sola vez le vino a la cabeza su vínculo con la región desde la niñez. Había asumido que el motivo que lo mantuvo alejado de Devon era ella.

Solo en aquel momento, sentada frente a él en el escritorio y rodeada de todo lo que implicaba su trabajo, llegó a comprender lo absurdo que había sido suponer algo así. No era el centro del universo de Thomas Finchley. Más bien todo lo contrario. Solo era una mujer poco interesante que había conocido durante poco tiempo. No era ni rica ni hermosa y ni siquiera tenía un carácter especialmente dulce. Solo era una amiga de una amiga de un amigo. Una conexión tan insignificante que ni siquiera merecía consideración.

—No hay motivos que me impidan visitar a Thornhill y a lady Helena —continuó él—. Salvo las exigencias de mis clientes.

—Sus clientes parecen ser exigentes en exceso.

Cualquier otro caballero se habría sonrojado ante esas palabras. Pero él se limitó a mirarla con una expresión seria y puede que algo cansada.

—Se refiere a la señora Culpepper.

—¿Tiene más clientes que le acusen de arruinarles la vida? Diría que no es una práctica que vaya a ayudarle en el negocio.

—Ella es un caso especial.

Jenny se llevó la taza de té a los labios.

—Es muy atractiva.

Y ahí estaba. Un pequeñísimo rastro rojo en el cuello del abogado, justo por encima de la línea del pañuelo negro y de la solapa almidonada de lino blanco. Un rubor tan tenue que habría pasado por alto de no haber estado atenta.

—Yo no le daría demasiada importancia a lo que ha oído.

—Solo intento mantener una conversación.

El señor Finchley sacudió la cabeza.

—¿Qué hace aquí?

—He venido a por mi dinero. Creía que era evidente.

—Sí, pero... está nevando. No es el mejor momento para viajar hasta Londres. Lo mejor sería que lo hubiera pospuesto. Sea lo que fuere que desee hacer con el dinero que le ha dado lady Helena, no cabe duda de que puede esperar hasta primavera.

Jenny volvió a dejar la taza de té en el plato.

—No es invierno en todos los lugares del mundo.

—Ah. —Se recostó en la silla—. Lo que desea es viajar.

—Sí. Quiero... Mmm... Pretendo irme a la India lo antes posible.

Si se sorprendió al oír aquella revelación, no lo mostró.

Ella siguió hablando:

—Ya tengo los documentos para el viaje. El único inconveniente es que no dispongo de los fondos que necesito. Ya que Helena decidió que ejerciera el control sobre mi dinero, parece que para cubrir mis necesidades tengo que recurrir a usted. Aunque debo admitir que lo considero una contrariedad.

El señor Finchley continuó con la vista fija en ella, sin flaquear ni un solo segundo.

—¿Por qué la India?

—¿Estoy obligada a confesarme ante usted? ¿Es así cómo funciona esto?

—No me debe ninguna explicación. No tengo por qué controlarla; no soy ni su padre ni su hermano. Sin embargo, como administrador, lady Helena ha depositado ciertas obligaciones en mí...

—Pero no porque le preocupe mi capacidad para gestionar mi propio dinero. Es consciente de eso, ¿verdad? Es solo porque soy su mejor amiga y usted lo es del señor Thornhill. Quiere que nos llevemos bien.

—Yo quiero lo mismo —repuso él.

—Ah, ¿sí?

Tras el espectáculo de su última clienta, seguro que estaba esperando que ella también se enfureciera con él. Que perdiera los estribos y saliera hecha una fiera del despacho. Como si pudiera llegar a ser tan ridícula.

—Pues claro. Pero es obvio que sigue enfadada conmigo.

Jenny se enrabietó. Él estaba muy tranquilo. Irritadamente inalterable y razonable. ¿Es que nada en el mundo le hacía perder el control?

Bueno, Finchley estaba a punto de descubrir que su control era igual de inquebrantable.

—Ya no lo estoy —replicó ella—. En realidad, ni siquiera lo estuve entonces.

—¿No?

—Si me enfadé con alguien fue conmigo misma. Confíe en usted demasiado rápido.

—Y rompí esa confianza, ¿me equivoco? ¿Por el simple hecho de asesorar a Thornhill sobre cómo podría anular su matrimonio? Era mi cliente, señorita Holloway. Aún lo es.

—Ya, ya. Lo entiendo. La relación abogado-cliente es sagrada. Pero eso no justifica que fuera mi acompañante y se paseara conmigo por toda la ciudad, mientras fingía que disfrutaba a mi lado. Ni que tuviera que hablar conmigo y bailar conmigo como si fuera mi amigo, cuando durante todo ese tiempo...

—Pero es que soy su amigo.

Jenny se horrorizó al sentir cómo le temblaba el labio. Se dijo a sí misma que tenía que cambiar de conversación. No tenía sentido discutir sobre aquello en ese momento. Lo más seguro es que ya no importara. Sin embargo...

Era incapaz de morderse la lengua.

—Pensaba que lo era —dijo—. Pero cuando le miré a los ojos aquel día fuera de la casa de la calle Half Moon no vi a un amigo devolverme la mirada. Vi a un extraño. A un hombre que haría lo que fuera para lograr su propósito. Y el de su cliente.

—Esto último no se lo discutiré; soy lo que soy. Mis clientes siempre van en primer lugar. Antes que los amigos y la familia. Antes incluso que yo mismo. —Hizo una pausa—. Le pido perdón si le hice daño; no fue mi intención.

Jenny bajó la mirada hacia la taza. No sabía qué hacer con esa disculpa. No estaba segura de que sus palabras fueran sinceras; aquello podría ser solo una banalidad caballerosa pronunciada con el fin de que se calmara.

—Da igual.

Cielo santo, ahora también le temblaba la voz. Carraspeó, en un esfuerzo por hacer que sus siguientes palabras resultaran menos afectadas.

—No hay necesidad alguna de decir que somos amigos. De hecho, cuando libere mis fondos, creo que no tendremos motivos para vernos otra vez.

El señor Finchley permaneció en silencio durante un largo rato.

Jenny sintió que los nervios le atenazaban el estómago.

—¿Hay algo que le impida darme el dinero? No le estoy pidiendo la suma completa, solo necesito lo suficiente para los gastos del viaje.

—Y esos gastos del viaje que necesita cubrir, ¿son solo los suyos?

—¿De quién más iban a ser?

—Es una dama joven. No cabe duda de que querrá contratar una dama de compañía o un...

—¿Contratar una dama de compañía? —No logró contener la risa—. Yo soy dama de compañía. Mejor dicho, lo era. Y en lo que respecta a ser joven, debo informarle de que acabo de cumplir veintiocho años. Soy lo que la sociedad considera, con mucha piedad, una solterona sin remedio. Un objeto de carne y hueso arrinconado en una estantería.

—Me cuesta creer que...

—¿Piensa que me importan esas etiquetas? Ni lo más mínimo. Las acepto con buen humor. Durante todos estos años he deseado vivir la soltería. Y ahora que me han proporcionado independencia, pretendo sacarle el máximo provecho a esta condición.

—Me va a tener que perdonar, pero... —Había señales de exasperación en los ojos del señor Finchley—. Usted no es ninguna anciana de pelo gris. A no ser que quiera ir anunciando su edad a cada persona que se encuentre...

—A lo mejor debería hacerlo.

—Señorita Holloway...

—Bueno, ya sabe, una solterona no se diferencia tanto de una viuda. Nos han concedido muchísima libertad en el mundo, la sociedad no tendrá problemas si viajo sola.

—Puede que la sociedad esté dispuesta a aceptarlo, pero hay hombres, no pienso llamarles caballeros, a los que no les repelerá su avanzada edad. Sin una dama de compañía o una doncella, será una presa fácil para todo tipo de abusos.

—Sé cuidar de mí misma, gracias.

—No lo dudo. Pero es una dama, y hay ciertas cosas de las que no puede defenderse. Simplemente no tiene la fuerza suficiente para hacerlo. Ahora bien, si llevara al viaje a un criado y a un lacayo, entonces...

—No voy a contratar una dama de compañía —replicó con firmeza—. Ni voy a rodearme de un ejército de aburridos criados británicos. Quiero conocer el mundo. Vivir aventuras. No recrear el mismo entorno tedioso en el que he estado prisionera aquí en Inglaterra.

Finchley arrugó el entrecejo.

—¿Siente que ha estado prisionera? Me dio la impresión de que lady Helena la trataba como a una hermana. Como a una amiga.

—Siempre lo ha hecho. Pero Helena no es la única persona que existe. Para el resto de la sociedad yo solo era su dama de compañía. No su hermana, como usted dice. Y mucho menos su amiga. Cuando su tío heredó el título, él no tuvo ningún escrúpulo en echarme a la calle.

—Lord Castleton era un canalla. Eso no se lo discutiré.

Jenny conocía a poca gente que fuera a rebatírselo. Cuando el hermano mayor de Helena, Giles Reynolds, sexto conde de Castleton, fue dado por muerto en la India, su tío no solo se había quedado con el título, sino que también había intentado quedarse con la inmensa fortuna que Giles le había dejado a su hermana. Y los métodos que empleó para hacerlo fueron más que censurables.

—Pero ya no tenemos que preocuparnos por él, ¿verdad? —dijo el señor Finchley—. ¿O hay alguna novedad?

—No —admitió ella—. Está viendo pasar las horas en la casa familiar de Hamsphire. No ha vuelto a amenazarnos.

—Por lo que no tiene ninguna buena razón para abandonar su vida junto Thornhill y lady Helena.

—¿Ninguna buena razón? ¿Tiene idea de lo que es vivir en segundo plano en la vida de otros? ¿Ser siempre insignificante? Ser un don nadie; no ser una dama, pero tampoco una sirvienta. Puedo contar con los dedos de una mano la gente que ha visto quién soy en realidad, que me ha prestado atención. Nadie debería vivir así, y menos aún una mujer como yo.

—Una mujer como usted —repitió él—. ¿Tan diferente es usted de cualquier otra dama en su misma posición?

—Míreme. —Se señaló a sí misma con la taza de té, lo que causó que el contenido salpicara contra el borde—. No nací para estar escondida entre las sombras. Soy fuerte, testaruda y tenaz. Le pido más a la vida que una existencia a medias. Necesito sentir la arena, el mar y el sol abrasador de tierras lejanas. —Dejó de mover la mano antes de que el té se desbordara y le cayera en la falda—. Pero usted es hombre. No podría llegar a comprenderlo.

El señor Finchley se inclinó hacia delante. Por primera vez mostró un destello de emoción en el rostro.

—Lo entiendo más de lo que usted cree.

Ella suspiró un tanto desanimada. Pues claro que lo entendía. Había crecido en un orfanato en Abbott's Holcombe junto al señor Thornhill, el señor Cross y otro chico más. Helena no le había confiado los detalles, pero Jenny conocía lo suficiente para saber que la experiencia había sido traumática para todos ellos.

—Bueno, entonces tiene que entender por qué quiero irme de este lugar. Necesito descubrir el mundo siendo yo. Vivir con gente que no sepa que soy dama de compañía.

—¿Y no puede hacerlo en algún sitio que esté más cerca que la India?

—En cuanto a eso... —Jugueteeó con la taza de té—. Antes ha dicho que sus clientes siempre van primero, ¿no? Por delante de sus amigos o incluso de usted mismo.

—Me temo que así es, sí.

Jenny lo miró a los ojos. Su traicionero corazón se aceleró una vez más.

—Ahora soy su cliente, ¿verdad?

Él le sostuvo la mirada desde detrás de las gafas.

—Sí, lo es.

—Y cualquier cosa que le diga...

—Cualquier cosa que me diga se mantendrá en la más estricta confidencialidad.

Jenny asintió. Eso era lo que ella pensaba.

—Me ha preguntado por qué deseo viajar a la India. Es porque busco aventuras. Ver el mundo y vivir en lugares lejanos. Pero tengo otra razón mucho más contundente. —Se mordió el labio, consciente por completo del disparate que estaba a punto de confesar—. Quiero encontrar a Giles Reynolds, el conde perdido de Castleton.

El señor Finchley ni siquiera parpadeó. Sabía tan bien como ella que nunca habían recuperado el cuerpo de Giles. Helena todavía se aferraba a la esperanza de que su hermano siguiera con vida en algún lugar.

—Usted y también el investigador privado que ya ha contratado Thornhill.

—Ah, él...

—Sí, él. ¿Qué le hace pensar que usted lo logrará si él no ha podido?

—Porque, a diferencia de ese tipo sin ambición, yo sí que voy a viajar a la India de inmediato. No voy a estar posponiendo el viaje con cualquier pretexto para quedarme aquí en Inglaterra vacilando de un lado a otro sin sacar nada en claro. Además, conozco a Giles. Y, si lo que sospecho es cierto, ese detective jamás será capaz de encontrarlo.

—Si el detective no puede encontrarlo, lo más seguro es que esté muerto.

—No —replicó ella—. Si no es capaz de encontrarlo, es porque Giles no quiere que lo encuentren.



CAPÍTULO 2

Tom se quitó las gafas para poder masajearse el puente de la nariz. Era un acto reflejo; lo hacía varias veces al día de forma inconsciente. Pero en ese momento se le ocurrió pensar en el aspecto que debía de tener sin ellas.

No era un hombre inseguro, simplemente era realista. Sabía a la perfección que las gafas no eran solo un apoyo para sus problemas de visión; eran una barrera entre él y el resto del mundo. Un complemento de intelectual tras el que escondía su falta de atractivo.

No era un hombre apuesto. Si alguna vez le entraban dudas al respecto, el reflejo del espejo de afeitado se lo confirmaba. Era alto, pero no demasiado; ancho de hombros, pero desgarrado. Tenía el pelo de un común tono castaño, el rostro delgado, anodinos ojos azules, una nariz que le rompieron en el pasado y unos labios arqueados y algo finos.

Nada de eso importaría si Jenny Holloway no estuviera sentada enfrente.

Se puso las gafas de nuevo. Volvió a apreciar el rostro y la silueta de la señorita Holloway.

—¿Está sugiriendo que el sexto conde de Castleton ha decidido esconderse en algún lugar de la India?

—Se me ha pasado por la cabeza, sí. —Dejó la taza y el plato en el escritorio. Finchley fijó la vista en las manos de la joven, esbeltas, con los dedos finos y elegantes. Recordó lo bien que habían encajado entre los suyos cuando bailaron juntos—. Hay algo sobre Giles que tiene que entender. Estaba siempre deprimido y muy callado. Nunca lo había estado tanto desde que murió su madre.

Tom atendía en silencio. Conocía la trágica suerte que corrió la última condesa de Castleton. Sufrió una grave melancolía tras el nacimiento de sus hijos, y su marido la internó en un psiquiátrico privado, donde permaneció hasta que murió unos años más tarde.

—Giles jamás fue feliz en Inglaterra —añadió la señorita Holloway—. Tiene muy malos recuerdos de aquí. Demasiadas cosas que evocan lo que le pasó a su madre. ¿Por qué cree que no volvió a casa y asumió el título cuando su padre falleció?

—Fuera feliz o no, dudo que se hubiera quedado en la India si sabía que su hermana corría peligro.

—¿Cómo se iba a enterar? Nadie más lo sabía. No hasta que se publicó aquel artículo el octubre pasado. Y si los habitantes de Londres no tenían ni idea, ¿cómo iba a enterarse Giles de todo desde la India?

Tom abrió la boca para responder, pero volvió a cerrarla. Era un argumento razonable. El artículo del *London Courant* que sacó a la luz cómo el tío de Helena había intentado internarla había aparecido en la prensa en octubre; no hacía tanto. ¿Cuánto tiempo tardaría la noticia en llegar hasta la India? ¿Un mes? ¿Dos? ¿Mucho más tiempo?

—Hasta donde él sabía —continuó la señorita Holloway—, Helena estaba sana y salva. Lo dispuso todo para que fuera así, ¿no se da cuenta? Le dejó a ella toda su fortuna. Quizá jamás tuvo intención de regresar a casa.

—Está presuponiendo demasiado.

—Hay algo más que me hace pensarlo. —Abrió el pequeño ridículo de tela que tenía al lado y sacó lo que parecía ser un trozo de periódico arrugado.

No. No era un periódico.

Era una carta.

La apretó con fuerza entre las manos.

—Giles me escribió un mes antes del asedio de Jhansi¹.

Tom sintió un inesperado ataque de celos.

—¿Intercambiaba cartas con él?

—Es algo de lo más común.

1 N. de la Trad.: Asedio sobre la ciudad de Jhansi, situada en el norte del país, que tuvo lugar durante la rebelión de la India en 1857.

Controló su expresión. Ella tenía razón. No había motivos para estar celoso. No era su novia; no tenía ningún derecho sobre ella. Solo era una amiga.

Una amiga increíblemente preciosa; solo con mirarla, el corazón se le aceleraba, le sudaban las manos y se le secaba la boca.

La culpa la tenía aquel maldito pelo castaño rojizo, abundante y brillante, que llevaba trenzado en la base del cuello. Los mechones eran más caoba que castaños; y tan intensos que parecían estallar en llamas.

Se preguntó cómo sería si se dejara el pelo suelto.

—Le aseguro que es algo totalmente honesto —añadió ella.

¿Cómo?

Tom tardó unos segundos en recuperar el hilo de la conversación. Se aclaró la garganta.

—Claro, supongo que sí. Sois familia, ¿no?

—En cierto modo. Mi abuela materna y la abuela de Helena y Giles eran primas muy lejanas. No es algo que signifique mucho en el linaje de la aristocracia, apenas fue suficiente para convencer al padre de Helena de que me aceptara como su dama de compañía. Pero lo hizo. Estuve con ella durante muchísimo tiempo y, por tanto...

—Llegó a conocer bien a su hermano.

Ella se ruborizó.

—Sí.

Los sentidos de Tom se pusieron en alerta.

—¿Cómo de bien lo conocía?

—Bastante bien. —Le tendió la carta—. Esta fue la última vez que me escribió.

Le quitó el papel de las manos.

—¿Puedo?

—Adelante.

Alisó el pliego sobre el escritorio. Parecía que en algún momento lo hubieran arrugado y tirado al cubo de la basura. No era la primera carta que le llegaba a Tom en esas condiciones; era el tipo de papel que rescatas de la rejilla de la chimenea antes de que los secretos que contiene se quemen para siempre.

—Le pido perdón por el estado en el que está —dijo la señorita Holloway.

La miró desde detrás de las gafas. Estaba ruborizada. ¿Había existido algo entre ella y el hermano de lady Helena? Sintió un nudo en el estómago.

—No es la peor que he visto —repuso.

Y entonces bajó la cabeza y empezó a leer.

Mi querida Jenny:

Confío en que no estés metida en problemas. Recibí una carta de Helena hace poco, pero no he recibido ninguna tuya desde la fiesta de San Miguel². No seguirás enfadada conmigo, ¿verdad? Un hombre solo puede disculparse un número limitado de veces.

Si fueras cualquier otra persona, imagino que a estas alturas ya me habrías escrito suplicándome que volviera a casa para proponerte matrimonio o cualquier otra tontería. Pero siempre has sido más razonable. Ya sabes que no deseo casarme ni tener hijos. Nunca he querido. Además, no significó nada. Tú y yo solo somos amigos, nada más.

Ahora mismo el calor que hace aquí es horrible. Los muchachos y yo hemos empezado a ir a nadar al río por las noches. Después nos tumbamos en la orilla a mirar las estrellas. Nunca había visto tantísimas; te hacen sentir insignificante. Cualquiera podría perderse entre tanta naturaleza y grandeza.

La semana pasada había un tipo en el bazar que vendía cha-les de cachemir. Compré uno para ti. Los colores son idénticos a los de las especias que usan para sazonar la comida: naranja, amarillo y marrón. Pueden parecer poco llamativas, pero te abrasan la boca cuando las pruebas en la comida.

No sería capaz de reproducirlo en casa. Solo un necio lo intentaría. Y a pesar de mi comportamiento en el pasado (por el que vuelvo a disculparme muy humildemente), sabes que no lo soy.

Controlar esta rebelión está siendo atroz y violento; sin embargo, hay días en los que le pido al cielo que mis obligaciones duren para siempre. No echo nada de menos ni la lluvia ni la niebla. Aquí se

2 N. de la Trad.: Fiesta cristiana celebrada el 29 de septiembre.

puede respirar. Sentirse vivo de verdad. Son los colores, los sabores y el calor. Además, los nativos son buenas personas; es inevitable empatizar con ellos.

Ahora tengo que irme. Cuida de mi hermana, por favor. Y cuídate tú también. Mereces a alguien mejor que un tipo como yo.

*Con cariño,
Giles*

Tom volvió a mirar a la señorita Holloway a la cara. Estaba un poco mareado.

—¿Por qué se estaba disculpando?

Ella levantó la barbilla levemente. El rubor de sus mejillas se había intensificado hasta un color escarlata.

—Me besó.

—¿Cuándo?

—La última vez que vino a casa de permiso.

—Ya veo. —Dobló la carta con lentitud—. ¿Le hizo alguna promesa?

—No, ninguna. Fue un simple beso. Me atrevería a decir que Giles ha besado a muchísimas mujeres durante toda su vida. Para él no significó nada de nada.

Tom apretó la mandíbula. El conde le estaba empezando a parecer un sinvergüenza de los grandes. Inspeccionó el rostro de la señorita Holloway. Era tan impresionante como su pelo: unas cejas oscuras y unas pestañas igual de oscuras enmarcaban unos ojos que no eran ni azules ni verdes; eran del color exacto del mar que bramaba bajo los acantilados de Abbot's Holcombe. Un recuerdo que le provocó una punzada de nostalgia amarga en el pecho.

—¿Y para usted? —le preguntó.

—¿Para mí?

—¿Significó algo para usted?

Alcanzó la carta del escritorio y se la volvió a guardar en el ridículo.

—Una cosa así tiene importancia en la vida de una mujer joven.

—Sin duda.

—Cuando me llegó la carta, la arrugué y la lancé al cubo del carbón. Me costó al menos medio día recuperar cierta entereza.

—Y recuperó la carta.

—Y menos mal que lo hice. Un mes después, nos llegaron las noticias de su desaparición. Si hubiera destruido su última carta, jamás habría sido capaz de perdonármelo. —Cerró los cordones de seda del ridículo con fuerza—. Pero no es eso de lo que estamos hablando.

—¿Y de qué estamos hablando?

Jenny resopló con impaciencia.

—¿No se ha dado cuenta de todas las veces que menciona lo feliz que era en la India?

—No creo que sean esas las palabras exactas que utiliza.

—No, pero... hablaba maravillas del tiempo, de las estrellas y de la comida especiada. Dijo que cualquiera podría perderse en un lugar así. Incluso empatizaba con los nativos y su causa.

—Eso no es nada nuevo. Thornhill también simpatiza mucho con la causa. Considera que no tenemos ningún derecho a estar allí.

—Giles nunca llegó tan lejos. Al menos no que yo recuerde. Pero es indiscutible que se sentía bien allí. Si juntamos todas las piezas, la única conclusión lógica es que...

—¿Que prefería la India antes que Inglaterra? Es posible, sin duda. Sin embargo, un caballero de su clase social sitúa las responsabilidades por encima de todo lo demás. Hay poquísimas posibilidades de que se haya quedado allí y tenga la conciencia tranquila. Habría sabido que en casa lo necesitaban. Y lo habría aceptado. No solo porque tenía que asumir su lugar como cabeza de familia sino también porque tenía que ocupar su asiento en la Cámara de los Lores.

—¿Y si no quería volver a casa? Ya no solo por lo que pasó con su madre ni por las malas compañías que frecuentaba, ¿y si yo también tuve algo que ver? Quizá pensó que armaría un escándalo por haberme besado, que recurriría a Helena o algo por el estilo. Lo que más temía, por encima de todo lo demás, era que lo obligaran a casarse.

—Señorita Holloway, entiendo lo que dice, pero siguen siendo simples conjeturas.

Se quedó alicaída.

—Soy consciente de que no es suficiente para seguir manteniendo la esperanza.

—Siempre hay motivos para tener esperanza —dijo él—. Pero...

—¿Pero...?

—Pero no basta para justificar un viaje a la India.

—Y no es necesario que lo haga. Yo ya voy a estar allí. ¿Qué daño causaría que durante mi visita investigase un poco por mi cuenta?

—¿Más allá del hecho de que usted no es detective profesional?

—No hace falta serlo para hacer algunas preguntas básicas. Solo hay que utilizar un poco de lógica. Un poco de sentido común. Y estoy más que preparada para hacerlo, aunque crea lo contrario.

—Lo que creo es que sería una mujer vulnerable en un país extranjero. Y por si se le ha olvidado, la India no ha mostrado mucha simpatía por las mujeres británicas indefensas últimamente.

—El levantamiento terminó hace dos años. Ahora las cosas se han calmado. No es como si fuera a adentrarme en el campo de batalla.

—Hay ciertas injusticias que la gente no olvida. No en dos años. Jamás las olvidan.

Ella le lanzó una intensa mirada. Durante un instante, sintió que era capaz de verle el alma.

—Usted y yo nunca nos vamos a poner de acuerdo en esto, ¿a que no?

—Es lo más probable.

—¿Eso significa que se niega a darme los fondos que necesito?

Tom se pasó una mano por el pelo. Sería más sencillo interpretar el papel del malo. Intimidarla y ser condescendiente con ella, o engañarla utilizando jerga legal confusa. Se pasaba la mayor parte del día haciendo eso. Pero no tenía valor para truncar los planes de la señorita Holloway. Sabía demasiado bien lo que era tener ansia de libertad, lo que era soñar con empezar una nueva vida.

No, no tenía intención de negárselo. Lo que pretendía hacer era ofrecerle una alternativa.

Si estaba empeñada en viajar a la India —e igual de empeñada en negarse a llevar consigo a un criado inglés en condiciones—, contrataría criados indios para que la acompañasen. Le venían a la cabeza dos posibles candidatos: un fornido ayuda de cámara y una mujer de su familia. En aquel momento trabajaban en un establecimiento de dudosa reputación del East End, en Londres. Los había conocido en un caso el año anterior y le parecieron competentes y dignos de confianza.

Le llevaría un día —puede que dos— organizarlo todo. Y entonces...

Le propondría a la señorita Holloway un plan perfectamente atado del que no habría vuelta atrás.

—Es una pregunta facilísima —dijo ella.

Él suspiró con intensidad.

—Señorita Holloway... Esta es una conversación larga que requiere más tiempo del que tengo ahora mismo.

Se puso rígida.

—¿Me está echando?

—No. Claro que no. Es solo que, si hubiera sabido que pensaba venir hoy, habría reservado la tarde entera para usted. Me esperan en otro sitio.

—¿La señora Culpepper?

Tom frunció el ceño.

—Ella no tiene nada que ver con esto. No sé qué se le está pasando por la cabeza, pero...

—No me atrevería a suponer nada...

—Tengo otros clientes que reclaman mi tiempo. Uno de ellos justo en este instante. No puedo anular una cita acordada con él solo porque usted se haya presentado aquí. Tendrá que venir mañana otra vez. —Le echó una ojeada a la agenda—. ¿A la una en punto, quizá?

—No pienso volver mañana. Estoy aquí ahora. No veo por qué resulta tan complicado autorizar una retirada de dinero del banco...

—Señorita Holloway...

—Quiero que esto quede resuelto hoy.

—Imposible. Estoy ocupado hasta mucho después de las siete.

Ella se cruzó de brazos.

—Entonces esperaré.

—No sea ridícula.

—Muy bien. ¿Qué sugiere que haga?

Se recostó en la silla. Sabía lo que le gustaría proponerle. Pero no era una buena idea. A duras penas estaba consiguiendo parecer profesional. Estar a solas con ella sería una auténtica locura. No obstante...

—Podría pasarme por la calle Half Moon esta noche.

El año anterior se había encargado de alquilarle una casa pequeña y elegante. Vivió allí durante un breve período de tiempo cuando el que era conde de Castleton la echó a la calle sin un penique. Tom la había visitado de vez en

cuando; todo había sido completamente respetable. De hecho, al cabo de unos días, Justin Thornhill pasó a encargarse del alquiler.

—Es amiga de mi esposa —había argumentado él—. Lo correcto es que me ocupe yo de su alojamiento.

Más tarde, cuando Justin y Helena fueron a Londres, los cuatro pasaron mucho tiempo juntos. Cenaron juntos. Bailaron juntos. Les plantaron cara a los periodistas y a los curiosos.

Tom guardaba entrañables recuerdos de aquellos días, de los que la señorita Holloway era la clara protagonista.

—No me estoy quedando en la casa de la calle Half Moon —aclaró ella.

Tom frunció el ceño.

—¿Cómo dice?

—He reservado una habitación en un hotel para mujeres cerca de Hyde Park.

—¿Por qué? La casa está en perfecto estado. Seguro que Thornhill y Helena...

—Me ofrecieron quedarme allí, claro que lo hicieron. Fui yo la que decidió irse a otro sitio. Voy a estar poco tiempo en la ciudad.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—No es necesario que tenga que ver con nada. Yo decido dónde alojarme y elijo hacerlo en un hotel.

—No sea tan testaruda solo porque sí. La casa de la calle Half Moon es muchísimo más cómoda que cualquier hotel. También estaría más segura allí. Sin hablar de que es más conveniente para mí.

—Como si eso tuviera que preocuparme —replicó ella.

—No, supongo que no debería preocuparle. Sin embargo, como su abogado, sería más fácil y mucho más discreto ir a verla esta noche si estuviera en esa casa. —Titubeó, inseguro—: Podríamos... podríamos cenar juntos.

Jenny levantó las cejas cuanto pudo.

—¿Lo que quiere es cenar conmigo?

Tom se estremeció por dentro. Santo cielo, ¿era necesario que hiciera que la idea sonara tan terrible?

—Sería una cena de negocios. Una oportunidad para hablar con franqueza el uno con el otro.

—Espero que su intención no sea inventarse excusas para no darme el dinero...

—Deme un voto de confianza. Soluciono cosas. Es a lo que me dedico. Cuando vaya a verla esta noche, tendré la solución al problema. Necesito unas horas para resolver unos asuntos con otro cliente. ¿Podría darme ese tiempo?

La señorita Holloway parecía muy contrariada. Durante varios segundos, estuvo convencido de que su respuesta iba a ser un «no». De que saldría hecha una fiera de su oficina igual que lo había hecho la señora Culpepper antes que ella; con consecuencias mucho más devastadoras. Contuvo la respiración.

—¿Podría? —preguntó de nuevo.

Jenny frunció el ceño, con la mirada fija en el extremo del escritorio. Como si estuviera sopesando los pros y los contras de una propuesta de negocios. Luego lo miró a los ojos.

—Está bien.

Tom sintió que se liberaba de parte de la tensión acumulada.

—Gracias.

Unos minutos después ella se iba en un cabriolé hacia el hotel. Le prometió recoger sus cosas e irse a la calle Half Moon. Se reuniría con ella a las ocho.

O al menos eso era lo que él esperaba.

Le echó una ojeada al reloj situado sobre la repisa de la chimenea mientras metía un fajo de papeles en el maletín de cuero. Ya eran las tres y media; tendría que caminar rápido.



Estaba nevando cuando Tom salió de la mansión tipo mausoleo del vizconde Atwater, en Grosvenor Square. El sombrero, el abrigo y los guantes no protegían mucho del frío. El ambiente no era el adecuado para deambular por Mayfair: con ese tiempo un hombre debería estar en casa delante de la chimenea, rodeado de su familia.

Pero él no tenía ni un hogar ni una familia.

Por decisión propia, se recordó.

Si hubiera deseado sentar la cabeza, no pocas de mujeres habrían estado felices de complacerlo. Estaba en forma, era inteligente y tenía buenos

ingresos. ¿Qué más daba si no era muy atractivo? Tenía todo el pelo y todos los dientes. Ya era mucho más de lo que podía presumir la mayoría de los hombres.

¿Casarse sería algo tan malo?

A Justin parecía no haberle ido nada mal. Él y lady Helena eran felices juntos. Hasta un extremo que rozaba lo ridículo. Pero lo suyo era una unión por amor. Se apoyaban el uno al otro. Confiaban el uno en el otro. Mientras que él... Bueno, él no dejaba que nadie lo apoyara. Ni confiaba en nadie.

Ni siquiera Justin, su mejor amigo y lo más parecido a un hermano que tenía, estaba al tanto de todos sus secretos. No quería ser una carga para él, ni una decepción.

¿Cómo reaccionaría Justin Thornhill si se enterara de algunos de los secretos que le había estado ocultando? Secretos oscuros que descubrió durante la época que pasaron juntos en el orfanato. Secretos peligrosos que fue averiguando durante todo el tiempo que trabajó para el señor Fothergill. Secretos contruidos sobre secretos, hasta que sintió como si cargara con el peso del mundo sobre los hombros.

Josiah Fothergill le pareció un hombre de aspecto extraño el día que visitó el orfanato de Abbot's Holcombe por primera vez. Aunque no tenía más de cuarenta años, el abogado de mirada penetrante tenía aspecto de anciano. Llevaba la cabeza agachada y tenía la espalda algo curvada. ¿Sería por el peso de todos aquellos secretos? ¿Por la implacable carga de tantas confesiones, de tantos delitos?

Fothergill estaba buscando a un chico para que fuera su empleado. Alguien a quien pudiera educar a su imagen y semejanza. Alguien que le ayudara a soportar la carga. Su astuta mirada se clavó en Tom; un saco de huesos de doce años con un par de gafas dobladas que colgaban de una nariz que aún seguía hinchada.

—¿Quién te ha hecho esto? —le había preguntado mientras examinaba el destrozo.

—Nadie —le había contestado él.

Tom pensó que su expresión no delataba nada. Pero el hombre había visto algo en su rostro. Algo que quedaba oculto a la vista.

—Era ira —le dijo Fothergill muchos años después—. Ira en estado puro. —Había mirado a Tom con una expresión preocupada—. Ahora la escondes mejor.

Fothergill se había retirado oficialmente de la práctica hacía dos años. O al menos eso decía él. Pero Tom se sentía tan sepultado bajo el influjo del viejo abogado como cuando era niño. Al parecer, jamás dejaría de ser su aprendiz. Nunca lo liberaría para que pudiera seguir su propio camino.

Bajó de la acera y cruzó la abarrotada calle. Los carruajes traqueteaban conducidos por cocheros envueltos en abrigos y bufandas, con la cabeza gacha en un intento de hacer frente a la nieve.

—¡Hey, Finchley! —gritó el conductor de un cabriolé que se acercaba hacia él en dirección contraria, mientras Tom zigzagueaba a través del tráfico.

Levantó una mano enguantada para saludarlo. Si algo había aprendido de Fothergill era a mantener una buena relación con la clase trabajadora y los delincuentes. Por eso tenía amigos en todas partes. Bueno, si podían llamarse amigos. Lo sabía todo sobre la vida de cada uno, sobre sus respectivos trabajos, esposas, hijos... Ellos, en cambio, no sabían nada sobre él.

¿Acaso había algo que saber?

Era abogado. Su existencia se reducía a eso.

En cuanto al pasado, hacía ya mucho que había aprendido a mantenerlo en un rincón, enterrado en algún lugar de su mente. Siempre estaba ahí si le apetecía visitarlo de nuevo, pero ya no le afectaba. No influía ni mucho menos en el hombre en el que se había convertido.

—¿Necesita que le lleve? —preguntó el conductor—. ¿Adónde va?

—Belgrave Square —dijo Tom mientras se subía al cabriolé—. Y dese mucha prisa.

Apenas unos minutos después, el carruaje lo dejó en los escalones de entrada de una casa adosada que le era demasiado familiar. Un mayordomo de expresión imperturbable lo recibió en la puerta y le permitió entrar sin necesidad de mediar palabra.

Tom se deshizo del sombrero, del abrigo y de los guantes con rapidez.

—¿Está en el estudio, Palgrave?

—Le está esperando, señor.

Sintió un escalofrío de temor por la espalda. Con el maletín en la mano, cruzó el vestíbulo de mármol italiano y se abrió camino hasta las puertas revestidas de madera que llevaban hasta el estudio.

Josiah Fothergill estaba dentro, sentado en un sillón cerca de la chimenea.

—Llegas tarde.

—Sí, lo sé.

Tom cerró las puertas tras él antes de unirse al viejo abogado junto al fuego. La estancia tenía un profundo olor a tabaco de pipa, con un aroma enmascarado a alcohol y aguarrás —los principales ingredientes del unguento que Fothergill usaba para el reuma.

—Siéntate —dijo Fothergill.

Se sentó enfrente de su envejecido mentor. Se puso el maletín sobre el regazo y sacó el fajo de papeles que había llevado de la oficina. El caballero se lo arrebató de las manos.

—Warren los ha firmado esta mañana —dijo Tom—. Bajo coacción. Fothergill resopló.

—¿Se supone que debería sentir pena por ese hombre?

—En absoluto.

—¿Y Atwater?

—Justo ahora vengo de verlo. Asegura estar de acuerdo con las condiciones. Aunque su palabra nunca ha tenido demasiado valor.

El anciano lo miró brevemente mientras sopesaba la información, antes de bajar de nuevo la vista hacia los documentos. Procedió a revisarlos página a página; con los retorcidos dedos iba trazando los renglones a medida que leía.

No podía negarse que estaba enfermo. El abrigo y el pantalón le quedaban grandes y tenía la piel cérea, estirada y pegada a los huesos del rostro. Parecía un cadáver con dinero. Un hombre demasiado terco y obstinado para morir.

Tom se alisó el chaleco. Dios mío, ¿era ese el futuro que le esperaba? ¿Vivir en soledad en una magnífica casa, consumiéndose poco a poco, sin más calidez que la provocada por las noticias esporádicas sobre un adversario que había sido derrotado?

—El doctor ha venido a verme —dijo Fothergill, como si pudiera leerle la mente—. Todavía no estoy a las puertas de la muerte.

—No me atrevería a pensar que lo estás.

—Estoy lo mejor que cabría esperar. Seguro que estoy más en forma que muchos. Si quisiera podría volver a ejercer mañana.

—Puedes asumir las riendas cuando lo desees.

Fothergill volvió a resoplar.

—Cachorrito arrogante... Sabes que nadie es mejor abogado que tú. Lo has sabido durante más de diez años. —Pasó a la siguiente página del contrato—. Y el mérito es mío.

—Por supuesto.

—Pero eso no significa que no tengas un don para las maniobras legales. Por ejemplo, mira esta parte. —Señaló una línea—. Ingeniosa, muy ingeniosa.

—Yo mismo pensé que era bastante brillante.

—Y lo es. Tienes al delincuente bien atado por ahora. No se dará cuenta hasta que sea demasiado tarde.

—Al delincuente —repitió Tom—. En este caso, es complicado saber cuál de ellos es el delincuente.

Fothergill levantó la cabeza con brusquedad.

—¿Complicado? ¿Qué tiene de complicado?

—El comportamiento de ambas partes ha sido detestable. Extorsión. Corrupción. Secuestro. Entre ellos lo han hecho todo. Si hubieran sido cualquier otra persona, se habrían presentado cargos.

—La diferencia está en que el vizconde Atwater y el conde de Warren no son cualquier otra persona. Ni son delincuentes los dos. Si no entiendes eso, hijo mío, no entiendes nada.

Tom endureció la expresión.

—He redactado el acuerdo, ¿no?

—Sí, así es. —El mentor dobló los papeles por la mitad—. Me alegra que tu opinión no haya interferido en tus obligaciones éticas.

—Si estás cuestionando mi lealtad hacia mi cliente...

—Atwater es un gran delincuente, pero tú eres un abogado igual de impecable.

—Y tanto que es un gran delincuente. ¿Alguna vez ha cambiado eso las cosas? Mis clientes no tienen por qué gustarme. Ni siquiera tengo que creerles. Siempre que paguen por los servicios que les presto, mi lealtad es suya.

El anciano torció las comisuras de la boca.

—Una de las primeras lecciones que te enseñé.

—Puedes estar seguro de que la he aprendido bien. —Se sorprendió del tono de amargura de su propia voz.

También sorprendió a Fothergill, que bajó las pobladas cejas con desaprobación.

—Tú no eres así. Primero llegas tarde a la cita y ahora no paras de expresar todas estas opiniones erráticas. ¿Qué demonios te pasa?

—Nada.

—Bobadas. Estás distraído. Inquieto.

Tom suspiró. Sí que estaba distraído, y también inquieto. Tenía que ir al East End. Y antes necesitaba pasar por su casa. Con suerte, tendría el tiempo suficiente de afeitarse y de cambiarse antes de que llegara la hora de su cita en la calle Half Moon.

—En todo caso, estoy agotado. Por si lo habías olvidado, he trabajado sin parar durante todas las Navidades.

Fothergill agitó los documentos que había doblado.

—Pues entonces tómate un descanso. Ahora que has conseguido llegar a un acuerdo con respecto a ese pedazo de tierra maldito...

—No hay ninguna garantía de que vayan a cumplirlo.

—Por supuesto que lo cumplirán. No les quedará más remedio. Es un contrato firmado, exigible por ley.

—Puede que lo sea para los hombres corrientes, hombres con poco dinero e ignorantes. Pero Warren y Atwater pertenecen a una clase distinta.

—Son caballeros.

Tom soltó una breve e irónica risotada.

—No lo son. Puede que esa sea su clase social, pero no lo llevan a la práctica. Por lo que veo, esos dos no tienen ningún tipo de honor. —Recuperó los papeles y volvió a guardarlos en el maletín—. Han firmado, sí. Pero en estos casos la ley carece de sentido. ¿Cuál es su poder si nadie la obedece, si no hay nadie que obligue a que se cumpla?

Fothergill hizo un gesto de preocupación.

—Estás cansado, hijo mío.

—Sí, estoy cansado —confirmó—. Cansado de ayudar a que hombres malvados prosperen.

—¿Estás diciendo que tus clientes son malvados?

—No, lo que quería decir es... —Se pasó una mano por el pelo—. No tenía que haberlo dicho.

El anciano abogado se mantuvo callado durante un buen rato. Y luego dijo:

—Toca la campanilla para que venga Palgrave.

Tom se levantó y fue hasta el cordón con borlas que colgaba al lado de la chimenea. Tras tirar de él durante unos segundos, el mayordomo se presentó en las puertas del estudio.

—¿Me ha llamado, señor?

—Baja a la bodega, Palgrave —ordenó—. Trae la botella de oporto que he estado guardando.

Tom abrió la boca para protestar, pero Fothergill se le adelantó.

—Siéntate. Tú y yo tenemos muchas cosas de las que hablar.

Con una sensación de desazón en el estómago, volvió a hundirse en el sillón.

Echó un rápido vistazo en dirección al reloj de oro de la repisa de la chimenea.

—¿Te esperan en algún sitio? —preguntó el anciano—. ¿Tienes que ver a algún cliente más?

—No. Hoy no tengo más clientes.

Fothergill le echó una mirada mordaz. No aprobaba los enredos con el sexo femenino; consideraba que las mujeres afectaban negativamente a la concentración del hombre. Debilitaban su mente y los empujaban a asumir riesgos absurdos y tomar decisiones igual de descabelladas.

—La ley es una amante muy exigente, hijo mío. Debe estar en primer lugar, en el último y presente en todo momento. Cuidado con olvidarlo.

Como si pudiera llegar a hacerlo...